

CUENTO APACHE



Al fin nos detuvimos ante una puertecita de cristales esmerilados sobre la que había un rótulo que rezaba: «La Confianza. Casa de vinos y comidas».

Mi amigo tuvo una última pregunta, en la que latía la esperanza de que yo desistiera de mis propósitos; y unas cuantas reflexiones plenas de prudencia. Según él,



nos exponíamos, al penetrar en aquel antro, a mil ignorados peligros contra los que serían ineficaces nuestras armas y nuestras fuerzas. Quizá nos esperaba la muerte tras de la puertecita de cristales esmerilados que dejaban pasar una luz opalina y, entre mezclados y confusos, ruidos de risas, de voces y de rasgadas notas de violín. Por satisfacer un ca-

pricho tonto, por almacenar un recuerdo que podía suplirse con asistir a cualquier revista teatral en la que hubiera un cuadro apache, íbamos a arriesgar nuestras vidas. Lo más prudente era desistir de la aventura. Aún era tiempo...

No le hice caso y el local nos recibió con una bocanada densa, llena de olor a vino, a tabaco y a perfumes poco delicados. Elegimos una mesa adormecida en la penumbra de un rincón y, una vez acomodados al lado de ella, fingiendo naturalidad, fui observando a las personas que en la estancia había. No eran muchas, quince a lo sumo; pero todas ellas hablaban y reían tan fuertes, que apenas dejaban oír las notas

que un violinista, subido sobre una tarima, arrojaba sobre la concurrencia amparado en la impunidad del escándalo reinante.

—Hemos hecho muy bien en venir disfrazados de apache—dije a mi amigo. No hay ni una mujer ni un hombre que no tenga gorra y el pañuelito rojo anudado al cuello.

Sí; pero fíjate qué rostros. Nosotros, al lado de esta gente, debemos tener cara de serafines. Únicamente, aquel individuo...

Me señalaba a un hombrecillo que, sentado junto a una mesa, dejaba vagar una mirada triste por la concurrencia.

Se aproximó a nosotros un muchacho.

—¿Qué van ustedes a tomar?

La interrogación me hizo comprender que no habíamos preparado suficientemente nuestro plan de conducta. ¿Qué se consume en una taberna apache? Afortunadamente, mi amigo, tras de reflexionar un instante, dijo:

—Vino, una botella de vino.

—¿Quieren ustedes Burdeos, Málaga, Oporto?

—Vino corriente, del que bebemos los apaches, pedí yo, un poco asombrado de la segunda pregunta.

En aquel momento cesó el escándalo que producía la concurrencia y el violín atacó despiadadamente las notas de un vals.

—El vals apache—me anunció en voz baja mi amigo.

Y no se equivocó. Una pareja salió al centro de la estancia, donde las mesas dejaban un espacio libre, y comenzó a bailar muy apretados

los cuerpos y muy juntas las caras. Sucediáanse los pasos rápidos, las vueltas vertiginosas y únicamente de vez en cuando,



siguiendo las indicaciones de la música, había una pausa en el danzar frenético y los movimientos se hacían lentos, suaves y felinos. Pero duraban poco tiempo aquellos compases de tranquilidad, el violín, afianzándose en la estridencia de una nota alta, aceleraba el ritmo y de nuevo la pareja convertíase en una masa uniforme, de cuatro piernas, que corrían el entarimado piso con riesgo a estrellarse en el primer obstáculo que se pusiera en su camino.

—Bailan muy bien—dijo mi amigo.

El violín agonizaba. Las notas se hacían cada vez más quejumbrosas y más lentas. De seguir así, moriría antes de finalizar el baile. Y la pareja se deshizo. Ella, la mujer, quedó mirando fijamente al hombre, y éste, sin motivo aparente, le dió un golpe en el rostro.

Como si aquello fuera una advertencia, el violín se desperezó en una escala y prosiguió frenético la ejecución. Era preferible seguir tocando, sonar toda la vida...

La mujer se unió al hombre—¡oh, el argumento decisivo de la fuerza!—y tornaron a la interrumpida danza. Pero estábamos predestinados a presenciar escenas trágicas. Por si ella bailaba mal o le había pisado en un pie, el hombre la arrojó al suelo de empujón, la alzó tirándola del pelo y, cuando la tuvo a su altura, repitió el golpe, sino con diferencia de que, esta vez, fué en el otro lado de la cara.

—¡No hay derecho! ¡Eso es una crueldad!—recuerdo que grité. Y fui hasta el centro del salón y detuve al hombre que intentaba seguir maltratando a la pobre mujer.

El apache me observó durante unos segundos, con mirada de asombro, y después, volviéndose al dueño de la taberna, dijo:

—¿Qué le parece al señor? ¿Es que le parece mal nuestro trabajo?

¡Llamaba trabajo a los puñetazos!

\*\*\*

El dueño de la taberna se acercó a nuestra mesa.

—Perdóneme—dijo—si vengo a molestarle, pero quiero darle una explicación de lo sucedido. Usted, caballero, desconoce, por lo visto, el carácter de mi establecimiento. Esta taberna no es una guarida de apaches, y no lo es por la sencilla razón de que no hay un solo apache en París. Esa pareja a la que usted ha interrumpido, es la pareja de baile del Coliseo. Los golpes, por tanto, son figurados. Y todas las personas que usted ve, no son sino extranjeros que se han disfrazado para asistir a un baile apache. Aquí el único apache que hay es aquel hombre.—Me señaló al hombrecillo de mirada triste.—Ese sí, ese es un apache



de verdad. Lo tengo aquí, pagándole un sueldo exorbitante, para que los parroquianos que deseen realizar una proeza, le peguen y puedan luego contar que tuvieron una riña y que vencieron a un apache. Es inofensivo, se lo aseguro. ¿Quiere el señor pegarle? Un pellizco, cinco francos; un puñetazo, diez; una bofetada, quince; un puntapié, en sitio que no pueda estropearlo, veinte francos.

\*\*\*

Cuando salimos de «La Confianza. Casa de vinos y comidas», dos policías que estaban en la puerta nos saludaron sonrientes.

La luna dibujó dos siluetas en una fachada cercana, y las dos siluetas, arrastrándose por el suelo y apoyándose en las paredes, nos acompañaron hasta salir del Barrio Latino.

Jose SANTUGINI.